LA CONFESIÓN DE LAS PIEDRAS

Juan Setien del Valle

LA CONFESIÓN DE LAS PIEDRAS

Juan Setien del Valle

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2023
© Juan Setien del Valle, 2023

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-19763-25-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-16007-2023

[…] El camino fácil da frutos fáciles siempre.

No quieras adoptar como tuyo
Al huérfano
amor bastardo que deja más sed cuando se intenta saciar
Y se pudre al calor del sol del desierto
Y su dulce sorbo sabe a hez cuando lo aproximas a tus labios.
Es impronunciable hasta en el recuerdo…

Juan Setien del Valle,
del libro V de las *Plegarias de amor*

[…] la mera y corruptible carnalidad del deseo,
eso que tiene de inmediato
y presente, que se sofoca o que se extingue
en la propia consumación
del deseo… a eso se reduce el amor.
Hemos perdido la espiritualidad
del deseo, lo siempre insaciado e insatisfecho,
esa áspera erosión
que queda en el fondo, en los fosos y que nos lleva a repetir
a volver a la misma fuente,
a querer indagar en ella o sobre ella,
como un libro jamás leído hasta el final porque sus pasajes
nos acompañan durante el laberinto de la vida,
por esos estrechos pasillos del tiempo…

Juan Setien del Valle,
de la novela *Ensayo sobre el amor*

[…] Normalizamos la infidelidad,
despojándola de los harapos humillantes
y colmándola de agasajos y laureles,
aplaudimos ese desenfrenado vencerse
a los impulsos primarios,
a la intemperancia del deseo, a la ilógica de las insensatas
entrañas que se mueven a irreflexivas dentelladas…
Y desvergonzadamente
encumbramos, quizás por nuestras frustraciones
a los valientes que
golpean el corazón que aman con sigilosas
traiciones tramadas
en lo oscuro de las sombras,
hacemos que cosechen triunfos entonces los rebeldes
al corazón, los que humillan,
porque ensuciar la cama con el sudor de un ser
que solo te aviva las ansias mientras dejas en casa,
ignorando tus deslealtades, a quien
tontamente tiene fe en ti, es una forma, la más ruin

y siniestra

de humillar, la más vil,

de embarrar, de ensuciar, pero ¿y por qué?

¿Hemos antepuesto contra toda la necesidad egoísta de satisfacer nuestros rudos y primitivos deseos,

la concupiscencia deshonesta que no reconoce dueños,

que es enemiga del amor…?

Juan Setien del Valle,
de la novela *Ensayo sobre el amor*

La conocí cuando ya estaba herido, desahuciado de mis sueños, cuando una mano ignorada había firmado mi sentencia de muerte. Cada instante me dejaba un paso más cerca del cadalso. Con cada respiración se me atragantaba los erizos del dogal, la soga apretaba su ceño contra los fuegos de mi vida.

La conocí cuando ya arrastraba la inercia de la erupción de mi herida, de mi secreta herida, mi vergonzante herida, la que me deshumanizaba y me robaba mi hombría, o lo que debería ser mi hombría, o lo que yo creía y asumía que debía ser mi hombría. La conocí así, a destiempo o cuando no era el tiempo apropiado o, al menos, no el propicio.

La conocí cuando yo empezaba a ser un medio hombre o apenas un hombre, solo el despojo inusual, la impropia carcasa de una vida de

falsedad y de impostura, de fingimiento, donde me maquillaba de hombre, pero había perdido todo lo que era ser un hombre.

La conocí y estaba enfermo, aunque no lo sabía. Me sumergí en la duda de si la conocí y enfermé o la enfermedad me hizo desembocar en ella, pero la conocí roto, con la herida supurante que aún no hedía, pero que chillaba con la clara brutalidad del silencio y que asomaría con su legión de acosos por debajo de la vida. Ahora, no sé si mi herida la antecedió a ella o si fue ella la que causó mi daño. Lo cierto es que no se podía dirigir una línea cronológica que describiera el rumbo y no hay razón para pensar que ella fuera la causa de mi herida o que llegase herido a ella. Lo verdaderamente claro es que sucumbía a mi herida cuando llegué a ella, como si me resbalara cuesta abajo, empujado por la inercia y no importa quién o cómo. Solo importa que estaba herido. Solo importa que la conocí y estaba herido.

La conocí así, cuando mi desapercibida herida palpitaba sangrante con la cólera subterránea

de un volcán eufórico e iracundo, que araña, queriendo salir al mundo, pero conteniéndose bajo los cerrojos de la ignorancia, imperceptible desde afuera, pero que, si asomabas tu oído a la tierra seca, escuchabas los sables impetuosos de sus rugidos, las dentelladas con las que respiraba mi herida, mi sempiterna llaga, esa que se adosaría, calcáreamente, a las rocas de mi vida, para no desaparecer jamás. Una herida que palpitaba ya en las entrañas de mis venas, enredada como un alambre dentado, que hincaba sus púas sobre su presa indefensa; enredada a las paredes de mi vida como una hiedra, que escalaba hasta ensombrecer mi identidad bajo su oscuro manto, hasta aplastarme con su sombra insobornable y completa y diluir mis límites, hasta enmascararme bajo sus bosques, entre el follaje de sus hierbas silenciosas y emponzoñadas, sombras funerarias y lúgubres; abrazada con su veneno a todos y a cada uno de los átomos de mi ser. Una herida que era un surco imborrable en el fango de mi alma, incorregible, que hundía las raíces

de su fuego hasta mi interior y no dejaba ni una pequeña parcela de mí sin conquistar con su ávida devastación voraz. Nada era feraz, ni fértil, nada fecundo, ni tan siquiera brotaba una mísera raíz. En nada habitaba la esperanza. Tan solo el desamparo. Solo crecían abortos y rupturas, desgarrones, retortijones que deshacían los nudos de mis esfuerzos, paralizándome, estancando un invierno gris sobre toda la cosecha de mis inmaduras alegrías.

Y no hubiera sido sencillo mantener mi enfermedad en secreto, esa que me gobernaba hasta los tuétanos y me hacía caminar como un hombre sin alma, abúlico, una lápida que camina, que posa un pie delante de otro, un corazón que solo se mueve maquinalmente por el impulso mecánico de un corazón que se limita a latir, no a sentir. No podía mantener mi herida en secreto. No por más tiempo. Ante nadie. No solo ante ella, sino que sus perversas secuelas chillaban, y no existían vendas que tapasen su voz, gritaban desde lo hondo de mis cavernas, desde

mis silencios. Sus manifestaciones se ramificaban, revelándose en la intimidad, en el cuerpo contra cuerpo, naufragando entre el sudor y los gemidos.

De alguna extraña manera, sus abominables consecuencias, sus secuelas perniciosas me extirpaban la libido. Me arrancaba la hombría de cuajo, impidiendo que el electrizante deseo me erizara desde dentro, y no dejaba que su viento submarino aleteara las hélices de mis aletargados instintos. Más bien congelaba mi sangre, el caudal de mis venas, allí donde mi vida habitaba y se sentía anestesiada. Tapió mis ansias así, las sepultó, las ahogó, sosteniendo la voz atractiva de mis vicios bajo un agua helada. Castró mis deseos. Todos mis deseos. Mi enfermedad me castró, me tejió la impotencia a mi voluntad, a mi deseo, que se entorpecía, que se zancadilleaba y languidecía incapaz de erguirse. Se podría decir que era un hombre sin deseos. Un moribundo de la pasión, dispuesto a morir de frío en un incómodo peldaño de la entrada de una fachada

carcomida y oxidada, acumulando herrumbre. Aunque no se presentó así. No fue la falta de libido o la impotencia, que acusé como consecuencia de esa falta de libido. No se presentó así. No al principio, al menos no al principio, en su germen inmaduro, que iba incubándose en mí no se presentó así.

Primero fue como un zarpazo en el corazón, en las entrañas, como si una mano que pesase toneladas sentase sus rocas en mi pecho, como una renuncia a la vida, un cansancio insufrible, que me ataba a la cama y que conseguía que, cuando cerraba los ojos, asemejándose mi alma a un líquido, la sintiera derramarse fuera de las cáscaras del cuerpo, de mi cuerpo. Se me salía el alma a borbotones.

Y me despertaba envuelto en sudor. La frente y la carne perlada, empapada. La respiración pedregosa y entrecortada me ahogaba, como si fuera sólida y sus piedras se enganchasen en mi garganta. Mi pecho, desbordado, acogía mil infernales pulsaciones, que reverberaban como

zambombazos ineludibles entre mis costillas. Me asustaba. Me asustó terriblemente, me asustó esa imposibilidad absoluta que me ocasionaba rendirme a mis esfuerzos, de sentirme gobernado por la fatiga, de estar al servicio de sus látigos, postradas mis rodillas en su altar, en un desánimo perenne, entonando una letanía funeraria, que no me permitía levantar los ojos del suelo. Sentía un cansancio crónico y pronunciado, un abismo sin fondo en que me precipitaba. Un abismo en que yo no encontraba ninguna pequeña rama a la que agarrarme, para sostenerme y equilibrarme aunque sea por un segundo o para mantener la serenidad, solo para posar los pies un momento en la confiada piedra firme. Entonces, en esa rueda escandalosa en la que se desenfrenaba mi vida, me hizo sentir pavor, miedo, temblor. Me asustó profundamente, me asustó el titánico esfuerzo que me suponía mantener por un segundo los ojos abiertos y me asustó lo laborioso de cada tarea. Las cosas que siempre me eran insustanciales y ridículas se

preñaban ahora de significación y trascendencia y se volvían insufribles y tediosas.

He de confesar que he pensado en rendirme. Todo sería diferente, si me hubiera rendido. Hubiera sido fácil rendirse y dejarse caer en la red de la fatiga y caer preso de la indolencia, apartar los esfuerzos, desalentarse. En una sola palabra: rendirse. Pero no me resignaba, no me contentaba con sobrevivir a la vida, no me contentaba con un minuto más, con alargar la agonía por miedo a lo que hubiese después. No me interesaba sobrevivir como un sonámbulo, alguien que pisa suave, sin imprimir sus huellas. Quería vivir la vida. Quería que mi cuerpo fuera un mapa arañado por mis equivocaciones, arrugado y envejecido en un millón de batallas. No dejar que la vida me pasara por encima, sin tocarla, solo aplastado. Y no, no me conformé entonces, aunque hubiera sido lo correcto y lo que tocaba, hubiera sido la única forma de protegerme.

Salí así a buscar los cascabeles de la voz de una hermosa mujer, para compartir mi silencio,

para que fuera más llevadero o para que fuera menos insoportable. Conocí así a alguien. Conocí a una hermosa mujer con mirada triste. Conocí a una chica desamparada, a la que el amor le había servido siempre copas amargas e insulsos tragos, para quien amar embriagaba su garganta de aspereza, y la resaca era el recuerdo de una lengua plagada de erizos.

Llegué así a ella, ya herido, aunque solo de una sospechosa fatiga, de un cansancio metafísico; pero llegué así a ella, ya herido, aunque yo aún no lo sabía, o solo lo suponía. No lo sabía, a pesar de que lo intuía, e intuirlo es una forma de saberlo, no con certeza, pero sí como un susurro, como la anticipación a un terremoto, esas imperceptibles vibraciones que ya ladran desde las entrañas de la tierra. Entonces estaba herido y llegué a ella, llegué a ella sin el nombre de mi diagnóstico, sin ponerle palabras, con ese cansancio, como un púgil al que habían noqueado, al que habían arrebatado la conciencia y que se arrastraba, que deslizaba sus pies sobre la arena,

impedido, dislocado, incapaz. Pero llegué, llegué a ella y entonces los dos nos bebimos, con esa sed de los cuerpos, esa sed insaciable, o que creía yo insaciable, porque entonces, de pronto, mi cuerpo se secó de la sed.

Mi cuerpo dejó de desear. Dejó de excitarse. Dejó de amar. Entonces me escabullía de nuestros encuentros con torpes excusas, cuando veía que ella se perdía por el pasillo hasta llegar a su dormitorio y escuchaba batir las alas del cielo de sus sábanas y fingía yo en esos momentos alguna indisposición o algún ficticio malestar. No podía entrometerme en sus sábanas, desvestir mis sentidos. No podía amarla, castrado de deseos, como un eunuco, pues mi impotencia no hacía más que excavar más profundamente mi depresión.

Volver a ella era como volver a un retiro espiritual en un monasterio, como si le hubieran arrancado todo lo pícaro y salaz. Era una arboleda a plena luz del día, sin escondrijos, todo expuesto, sin la espesura de las sombras que

fortalece la clandestinidad. Se había evaporado todo lo que amaba con pasión en ella, todo lo que se sacudía en sus ojos, los ríos de sus cinturas. Ya nada me llamaba. Nada gritaba a mi sangre para que saliese de mí, enfebrecida, eufórica. Todo se había disipado como si alguien, un ser extraño, hubiese usado una goma de borrar y, pertinaz y concienzudo, se hubiese embrollado dibujando o desdibujando todo lo que antes había. Simplemente, se deshizo el hechizo o, al menos, eso pensé, como si se dejaran el frasco de perfume abierto y las gangrenas del viento oxidaran su fragancia y ya solo oliese insípida y vulgar. Para mí, algo le había arrancado la sensualidad de cuajo. Ahora estaba solo ella. Ella frente a mí, como una pintura decente a la que habían borrado todo lo provocativo y salaz, como si solo viera un cuadro en una pared de un museo, un cuadro desnudo solo para admirarlo, nada más que admirarlo.

Mi piel dejó de amar, cesó de desear. Mis dedos castraron sus caricias. Mis labios se